



CENTRO BÍBLICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA del
CELAM

Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Solemnidad de Cristo Rey – Noviembre 26 de 2006

El Rey que da vida en plenitud

Lectio de Juan 18,33b-37



“Soy Rey, para esto he nacido y para esto he venido al mundo”

“Te damos gracias en todo tiempo y lugar oh Señor Santo, Padre todopoderoso y eterno Dios! Que a tu Unigénito Hijo y Señor nuestro Jesucristo, Sacerdote eterno y Rey del universo, le ungiste con óleo de júbilo, para que, ofreciéndose a Sí mismo en el ara de la Cruz, como Hostia inmaculada y pacífica, consumase el misterio de la humana redención; y sometidas a su imperio todas las criaturas, entregase a tu inmensa Majestad su Reino eterno y universal: Reino de verdad y de vida; Reino de santidad y de gracia;

Reino de justicia, de amor y de paz”

(Del Prefacio de Cristo Rey)

En este domingo nos postramos en adoración ante el Rey del Universo. El evangelio de Juan nos sumerge en esta realidad mediante un precioso camino que se traza en el diálogo entre Jesús y Pilato en la hora del juicio en el pretorio de éste último en Jerusalén.

Leamos Juan 18,33-37:

³³*Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo:*

‘¿Eres tú el Rey de los judíos?’

³⁴*Respondió Jesús:*

‘¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?’

³⁵*Pilato respondió:*

‘¿Es que yo soy judío?

Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí.

¿Qué has hecho?’

³⁶*Respondió Jesús:*

‘Mi Reino no es de este mundo.

Si mi Reino fuese de este mundo,

mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos:

pero mi Reino no es de aquí’.

³⁷*Entonces Pilato le dijo:*

‘¿Luego tú eres Rey?’

Respondió Jesús:

‘Sí, como dices, soy Rey.

Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo:

para dar testimonio de la verdad.

Todo el que es de la verdad, escucha mi voz’.

El pasaje coloca frente a frente a dos reyes. Pilato, quien representa al emperador romano, es el hombre que detenta en Judea el máximo poder y es el único que puede aplicar la pena de muerte, él tiene derecho sobre la vida y sobre la muerte. Jesús, quien llega atado como un malhechor, se presenta a sí mismo como un Rey, pero de un tipo distinto al de Pilato. Jesús aparece sometido a la autoridad de Pilato (“*Tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?*”; 19,10), pero –como se concluirá de los interrogatorios- este poder no es decisivo (“*No tendrías sobre mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba?*”; 19,11).

La confrontación entre Pilato y Jesús es extensa en relato de la Pasión. Hoy nos vamos a detener solamente en uno de los interrogatorios (18,33-37), el cual se desarrolla básicamente a partir de tres preguntas que provocan un triple pronunciamiento de Jesús:

- “*¿Eres tú el Rey de los judíos?*” (18,33)

- “*¿Qué has hecho?*” (18,35)

- “*¿Luego, tú eres Rey?*” (18,37).

El pasaje va alternando pausadamente en tres ocasiones el esquema pregunta-respuesta.

Las tres preguntas y respuestas, además, están concatenadas. La pregunta inicial coloca en primer plano el tema principal, el “reinado de Jesús”, tomando como base las acusaciones recibidas. Ésta lleva a que, en las sucesivas preguntas, Jesús asuma la responsabilidad de su misión (el “hacer” de Jesús) y que explique qué tipo de Rey es Él (nótese que en la tercera pregunta ya no se dice que es “Rey de los judíos” sino simplemente “Rey”). El énfasis de pasaje recae sobre la respuesta a la tercera pregunta.

(1) La primera pregunta (18,33-34)

Jesús le responde con otra pregunta, confrontándolo así sobre su actitud. Pilato, como todo verdadero juez, debe estar seguro si lo que dice viene de su propio conocimiento o simplemente está repitiendo lo que otros sostienen (que es grave).

El acusado interpela la conciencia del acusador. Un juez tiene la responsabilidad de verificar con exactitud las acusaciones. De esta manera, Jesús comienza poniendo en cuestión la autoridad de su juez.

(2) La segunda pregunta (18,35-36)

La segunda pregunta que Jesús debe responder está precedida por otra en la que está supuesta la repuesta (“¿Es que soy judío?”, 19,35; y es claro que no). Pilato demuestra que tiene conciencia de cuál es su deber, que no es responsable de las valoraciones de los otros, y le lanza a Jesús la pregunta que debía haber hecho desde el principio, para mostrar que no está haciendo un juicio sumario.

Para emitir sentencia hay que dejar que el acusado haga su propia declaración. Por eso: “¿Qué has hecho?”.

Jesús no le da a Pilato la lista de todas las actividades de su ministerio público, sino que le presenta globalmente su obra. En su respuesta repite tres veces “Mi Reino no es de este mundo” (18,36abc). Trata de decirle que su reino no tiene nada que ver con territorios, ni con ejércitos, ni con hacienda pública, ni con nada de lo que caracteriza al imperio o cualquier otro tipo de reino terreno conocido. La prueba es que sus discípulos no han combatido para evitar la captura, oponiendo violencia a la violencia.

(3) La tercera pregunta (18,37)

Jesús acaba de decir qué tipo de Rey no es. Esto provoca la pregunta siguiente de Pilato.

Jesús responde con tres afirmaciones:

(a) Primero confirma: “**Soy Rey**”.

(b) Luego explica la naturaleza de su reino: “**Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad**”.

(c) Finalmente invita a acoger su reinado: “**Todo el que es de la verdad, escucha mi voz**”.

Subrayemos la segunda afirmación: la razón de ser de su nacimiento y su venida al mundo es el testimonio de la verdad, en esto consiste su obra como Rey.

¿Qué quiere decir Jesús? No toda persona puede dar testimonio, sino solamente quien tienen un conocimiento, una experiencia directa (con sus ojos, sus oídos, su presencia misma, etc.) de aquello que declara. Ahora bien, la “verdad” que Jesús testimonia no es cualquier verdad, es la verdad sobre Dios. Él lo puede hacer porque tiene acceso directo a Dios y con Él ha vivido desde la eternidad una íntima comunión (ver Juan 1,1-2). Por eso Jesús puede dar a conocer a Dios como nadie más lo puede hacer.

¿Y esto qué implica? Pues si, como muestra constantemente la Biblia, el rey es el pastor de su pueblo, es decir, aquel cuya función es hacer posible la vida de su pueblo, de preocuparse para que las condiciones de vida de su pueblo sean las mejores posibles, entonces la obra de Jesús “Rey”, quien da testimonio a favor de la verdad, es abrirle a todas las personas de la tierra el camino hacia la plenitud de vida, más allá de toda humana posibilidad.

Jesús ejerce su reinado desde la Cruz, allí desde donde nos atrae definitivamente hacia la vida de Dios que Él conoció desde la eternidad y nos sumerge en la eterna comunión con el Padre y el Espíritu.

Al dar testimonio de la “verdad”, Jesús-Rey crucificado hace reales las palabras: “**Yo he venido para tengan vida y la tengan en abundancia**” (Juan 10,10).

Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“Venga a nosotros tu Reino. Así como pedimos que sea santificado el nosotros el nombre de Dios, también suplicamos que venga a nosotros su Reino.

Pero, ¿habrá algún momento en que Dios no reine? ¿Cómo puede comenzar en él lo que siempre existió y nunca dejará de existir? No. Lo que pedimos es que venga nuestro reino, aquel reino que nos fue prometido por Dios y adquirido con la sangre y la pasión de Cristo, de manera que, sirviéndolo fielmente en este mundo, podamos un día reinar con él, según su promesa: ‘Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el principio del mundo’.

En verdad, hermanos míos carísimos, podemos entender que el mismo Cristo es el Reino de Dios, cuya venida deseamos ardientemente cada día de nuestra vida. Él es la resurrección, porque en él resucitamos; por eso podemos comprender que él es también el Reino de Dios, porque en él hemos de reinar. Con razón, por tanto, pedimos el Reino de Dios, esto es, el reino celestial, porque también hay un reino terrestre”.

(San Cipriano, Tratado sobre la oración del Señor, 13s)

Cultivemos la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón:

1. ¿Cómo se debe entender la realeza de Jesús?
2. ¿Cuáles son los pasos decisivos del diálogo entre Jesús y Pilato? ¿A dónde conduce?
3. ¿Es Jesús el “Rey” en mi vida, en mi familia, en mi comunidad? ¿Qué implica su reinado?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas del domingo

Sumario: Terminamos el ciclo litúrgico aclamando a Cristo Rey. La realeza de Dios se proclama en todo el Antiguo Testamento. El Señor es Rey, dice el Salmo 92. El Señor da su poder a un Hijo de hombre, dice el profeta Daniel, quien ve venir un Hijo de hombre entre las nubes del cielo. El vidente del Apocalipsis retoma el texto de Daniel. He aquí que viene entre las nubes, se dice del Mesías. Pero la realeza no tiene de este mundo, dice Jesús en el Evangelio de Juan. Él la recibe del Padre.

Primera lectura: Daniel 7,13-14

En el libro de Daniel, cuatro bestias monstruosas surgen del abismo, ellas simbolizan los diferentes imperios que se han sucedido en el Medio Oriente. El Señor le quita su dominación sobre los pueblos.

Vemos que aparece enseguida un “Hijo de hombre”. Él no viene del abismo, símbolo del mal, sino entre las nubes del cielo. A él le da el poder para un reino universal, le promete una realeza estable que nunca será destruida. Este Hijo de hombre designa al Mesías: su reinado será diferente del de los reyes de la tierra, ya que no procederá a partir de la eliminación de sus enemigos, ni hará nada monstruoso, más bien tendrá una figura humana.

En el libro de Daniel, esta visión del Hijo del hombre busca sostener la fe de los creyentes perseguidos por reyes paganos. Se trata de un mensaje de esperanza para los creyentes de todos los tiempos. Tarde o temprano, los poderes opresivos terminarán derrumbándose. Dios es más fuerte que el mal y terminará vencéndolo.

Salmo 91 (92 en la liturgia)

En el Salmo 91, Dios es alabado como rey soberano. Su trono es la tierra entera y este trono es estable, porque el Señor le ha puesto fundamentos sólidos.

El Dios proclamado como el creador de todas las cosas, sabe mantener el universo en su existencia. A diferencia de lo que es fugaz, pasajero y perecedero, el Señor “es”.

Dios hace alianza con un pueblo en medio del cual habita y está siempre presente por su Ley y Templo. Al observar los mandamientos y al orarle a Dios en el Templo, el orante entra en el benéfico ámbito de la realeza de Dios.

Segunda lectura: Apocalipsis 1,5-8

“Jesús” es el nombre de un hombre de Nazaret, pero este nombre significa “el Señor Salva”. Su título de “Mesías” parece sonar como una redundancia que describe su misión.

Jesús salva, él viene a este mundo “*para dar testimonio de la verdad*” y su testimonio es verídico porque él viene de Dios y porque ha derramado su sangre por nosotros.

Si él no hubiera derramado su sangre en una muerte por amor, ¿nos habría podido salvar? Pero él es el “*primogénito de entre los muertos*”. Entonces su sangre derramada es salvífica y nos da vida a todos, ya que él –quien nos ama- ha sido llamado en primer lugar a esta resurrección que nos prometió.

Jesús hace de nosotros el reino de su Padre porque él es mismo es el Rey que “*todos lo verán, aún aquellos que lo traspasaron*”.

Jesús puede hacer todo esto porque es hombre como nosotros y Dios al mismo tiempo, el único Dios que es “*Aquel que es, que era y que viene*”.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para quienes animan la liturgia dominical

I

La solemnidad de Cristo-Rey aparece al final de Año Litúrgico como aquellos mosaicos llamados “Pantocrator” (el Todopoderoso) que se encuentran en los ábsides de las basílicas bizantinas o paleocristianas: está en su lugar. Es Cristo quien nos ilumina con la limpidez de su mirada misericordiosamente soberana, atrayendo la mirada de los peregrinos que, al celebrar la liturgia, ya divisan la meta. Pero Jesús reina desde la Cruz donde muere como testigo (=mártir) de la Verdad. Que sea, pues, entronizada la Cruz durante nuestras jornadas; que sea ornamentada, iluminada, incensada.

II

Al celebrar la realeza del “Siervo” de Dios es ponerse en el lugar donde él está, en la primera fila en el servicio y en la autodonación. La liturgia también es la fuente y el culmen de la caridad de los fieles que son llamados a ejercer la realeza a través del servicio fraterno.

II

Junto con el bellissimo prefacio propio de esta solemnidad (ojalá se pudiera cantar), proponemos tomar la Primera Oración Eucarística (llamada “Canon Romano”). También la oración del Padre Nuestro en este día podría justificar una breve introducción centrada en la invocación “Venga a nosotros tu Reino”.

IV

Para los lectores:

La primera y la segunda lectura no tienen dificultades. Están sobrecargadas de atributos que, en la lectura, deberán ser destacados con breves incisos (enumeración). Atención: hay algunas frases largas que no admiten cortes o respiraciones.

(V. P.)

Anexo 3

Una invitación a proseguir la meditación y la oración

Los cristianos y la verdad (Juan 18,33-37)



Pantocrator (Tomado de catholique-rouen.ccf.fr/publier/IMG/jpg/)

“El hombre
que acoge
la Verdad de Dios,
Abre su corazón
desde este mundo
hasta los cielos,
Se hace un discípulo de Jesucristo,
anunciando
que él nos da la Vida”

(Frank Widro)